

Un cuento para racontar la historia

De tanto leer en densidad los juegos lingüísticos y trampas técnicas que nos preparan —al lector— los creadores literarios, con superposiciones de planos, mezcla de estilos, retahíla de imágenes, y tanto más hurgado en afán de provocar admiración, surge el cansancio por seguir el juego. Y reemplazamos lo que pudo ser adquisición valiosa pero criptográfica, por una revista intrascendente o un periódico que sólo trae noticias muertas.

Pero, de pronto, te asalta un cuento de improviso. Te coge y te resuelve la incomodidad de la supuesta genialidad de algunos para entenderlos: ese cuento, es como ir al centro del universo íntimo sin gárgolas ostentosas. Y lo lees, de principio a fin con un sabor a vieja fotografía que te habla por dentro de las cosas nuevas. Eso ocurre con la narración de Sergio: "Justo, cierra bien la puerta", cuento de luces propias para la oscuridad del año en que transcurre: 1935 y la circunstancia dolorosa que aún no restaña al sol: La Coruña, la mañana desmemoriada de toda lógica que como tantas otras acoró el camino del despertar obrero.

"Justo, cierra bien la puerta", una advertencia, un ruego, un aviso, un presuroso alerta ante la inevitable sangre que ya adviene. El título es el cuento y el cuento es el título, en única simbiosis para lograr acierto.

Lo que ya se sabe (in extrema res) no desorienta en absoluto para seguir la urdimbre de la trama. Y Sergio lleva al lector por pequeñas instancias que van tejiendo el drama, sin ampliaciones gratuitas ni simplificaciones prejuiciosas. Y el paisaje con el hombre en la creciente espera se acercan en un clima en que ambos sobreviven en indirecta escena de viril belleza descriptiva. Y queda una visión de fogorazo antiguo, como en disculpa de conciencia ante la historia cierta: "...pero eso no lo vi, lo mataron de un tiro, al del caballo bayo..."

Sergio ya conoce el oficio de la frase larga, de la extensa descripción para atrapar a quien le busque en sus relatos: hábil intercalador de menudas señas, de pequeños hitos, que colorean más el ambiente psicológico de sus cuentos. Y también es un conocedor lingüístico de giros y modismos, de sortisismos que tienen el valor del símbolo nacido en tierra firme, para legarse como sello de una epopeya en que ganó la muerte en su desquicio.

La matanza de La Coruña, se va sintiendo inexorable como en el hado de las tragedias griegas. Todo sabido, todo



Portada del libro "Camanchaca" 12/13 donde se publica el cuento "Justo, cierra bien la puerta".

contado y sin embargo algo nuevo que te urge a continuar leyendo. Y los recursos metafóricos, precisos sin eufemismos, sin vacilaciones tipifican aún más el dantesco cuadro que ya se adivina cerca.

Y surge la mayor condición de ser humano, a bocajarro. No es el hombre en panegírico momento; tampoco el que destruye sus vacilaciones. Es el antihéroe del antihéroe genérico que es el trabajador con una conciencia social desarrollada. Allí reside la validez de Sergio como narrador.

El protagonista no es el tradicional de este tipo de cuentos, basados en las grandes vicisitudes de la historia. No. Es un

trabajador común que no tiene claro aún el gran conflicto capital-trabajo, pero que intuitivamente busca respuestas para sus dudas. Este prototipo que no ha sido redescubierto por nuestros cuentistas de la epopeya salitrera, salvo excepciones, cobra vida en el cuento de Muñoz. Justo es "justo", en el centro de la vorágine que se avecina con una capa de inocencia que le hace ganar favor de más de un jefe. Y surge, a tiempo, la advertencia, el aviso de salvación para sus huesos: "...Justo, cierra bien la puerta... Andate a tu pieza, no le abras a nadie y olvidate de este día, borra esta fecha del calendario...". Pero, puede más su ancestro de batallador a ciegas. Y mira, busca, averigua, escucha con ese oído intemporal del que sufre casi sin saberlo por el destino de sus hermanos. Y le cuentan: "...yo vi la mañana desde los rieles que como coraza parecían proteger el horizonte...". Y luego cuenta también como en descargo de conciencia, por no tenerla, o por aprender a tenerla. Y en su memoria se queda el héroe que enfrentó por ellos: Garrido el del caballo bayo. Y en el desenlace del relato a oscuras de la fe, reconoce la dura verdad que tantos otros narradores han ocultado: "...no quisimos mirarlo, ni siquiera eso, no levantamos un dedo en defensa del hombre que había luchado por nosotros y bajamos la vista cuando lo fusilaron...". Sobrecega la sinceridad del narrador testigo. Sobrecega la verdad que tantas veces fue y que no tenía otra alternativa salvo la locura.

Sergio Muñoz, tuvo la honestidad de escribir este relato a tiempo. En un tiempo aún difícil, para explicar otro que en el pretérito estaba guardado como en vergüenza.

Es reconfortante asistir a este rescate narrativo que ahora tiene el norte. Entre ellos Sergio Muñoz. Es como la advertencia que va de tiempo en tiempo, pero no para tapar oídos, sino para afinarlos y aprender respuestas.

Este es un tiempo nuevo de preguntas. Y de urgentes proposiciones. Sergio Muñoz cumple en ética con ese compromiso inalterable que tiene el creador consigo mismo.

Ojalá que este cuento figure pronto en alguna Antología nuestra; es necesario, imprescindible junto a otros, para que no ceda nuestra calidad de testificadores.

Es una de las grandes tareas que el escritor tiene. Y Sergio Muñoz la está cumpliendo a cabalidad.

(Miembro Nro. 124, Soc. Escritores de Chile). Iquique, comienzos de Junio de 1991.

Un cuento para recontar la historia [artículo] Alberto Carrizo O.

Libros y documentos

AUTORÍA

Carrizo, Alberto, 1935-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un cuento para recontar la historia [artículo] Alberto Carrizo O.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile